

QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE (1580-1645)

CANCIONES

Llama a Aminta al campo en amoroso desafío

Pues quita al año primavera el ceño,
y el verano risueño
restituye a la tierra sus colores,
y en donde vimos nieve vemos flores;
y las plantas vestidas
gozan las verdes vidas,
dando a la voz del pájaro pintado
las ramas sombras, y el silencio el prado:
ven, Aminta, que quiero,
que viéndote primero,
agradezca sus flores este llano,
más a tu blanco pie que no al verano.

Ven, veraste al espejo de esta fuente,
pues suelta la corriente
del cautiverio líquido del frío,
perdiendo el nombre, aumenta el suyo al río.
Las aguas que han pasado,
oirás por este prado
llorar, no haberte visto, con tristeza:
mas en las que mirares tu belleza
verás alegre risa,
y cómo las dan prisa,
murmurando su suerte a las primeras,
por poderte gozar las venideras.

Si te ofende el sol ardiente y puro,
ven, que yo te aseguro,
que si te ofende, le has de vencer luego,
pues se vale él de luz, y tú de fuego.
Mas si gustas de sombra,
en esta verde alfombra
una vid tiene un olmo muy espeso,
no sé si diga que abrazado o preso;
y a sombra de sus ramas
le darán nuestras llamas,
ya los digan abrazos o prisiones,

envidia al olmo, y a la vid pasiones.

Ven, que te aguardan ya los ruiñeños,
y los tonos mejores,
porque los oigas tú, dulce tirana,
los dejan de cantar a la mañana;
y los tonos mejores,
porque los oigas tú, dulce tirana,
los dejan de cantar a la mañana;
tendremos invidiosas
las tórtolas mimosas,
pues viéndonos de gloria y gusto ricos,
imitarán los labios con los picos;
aprenderemos dellas
soledad y querellas,
y en pago aprenderán de nuestros lazos,
su voz requiebros, y su pluma abrazos.

¡Ay! si llegases ya, qué tiernamente
al ruido de esta fuente
gastáramos las horas y los vientos,
en suspiros y músicos acentos.
Tu aliento bebería
en ardiente porfía,
que igualase las flores de este suelo,
y las estrellas con que alumbra el cielo,
--
sellaría en tus ojos,
soberbios con despojos,
y en tus mejillas, sin igual, tan bellas,
sin prado flores, y sin cielo estrellas.

Halláramos aquí la blanca aurora
riendo, cuando llora;
la noche alegre, cuando el cielo y tierra,
tantos ojos nos abre como cierra:
fuéramos cada instante
nueva amada y amante,
y así tendría en firmeza tan crecida
la muerte estorbo, y suspensión la vida;
y vieran nuestras bocas,
en ramos de estas rocas,
ya las aves consortes, ya las viudas,
más elocuentes ser, cuanto más mudas.

Encarece la suma flaqueza de una dama

No os espantéis, señora Notomía,
que me atreva este día,
con exprimida voz convaleciente,
a cantar vuestras partes a la gente:
que de hombre es, y de hombres importantes,
el caer en flaquezas semejantes.

La pulga escribió Ovidio, honor romano,
y la mosca Luciano,
Homero de las ranas: yo confieso,
que ellos cantaron cosa de más peso;
yo escribiré, y con pluma más delgada,
materia más sutil y delicada.

Quién tan sin carne os viere, si no es ciego,
yo sé, que dirá luego,
mirándoos toda puntas de rastillo,
que os engendró algún miércoles corvillo.
Y quien os llama pez no desatina,
pues sois, siendo tan negra, tan espina.

Defiéndaos Dios de sastre o zapatero,
que aunque no sois de acero,
o por punzón o lesna, es caso llano,
que ambos en competencia os echen mano.
Mas vos, para sacarles de la puja,
juraste de vainicas por aguja.

Bien sé que apasionáis los corazones,
pero es con las pasiones
de cuaresma, y traspasos de la cara,
hiriendo amor con vos, como con jara,
y agudo vuestro cuerpo tiene voto,
de ser aún más sutil que lo fue Seoto.

Miente vuestro galán, de quien sois dama,
si, al confesarse, os llama
su pecado de carne, si aun al veros
no pudo en carnes, aun estando en cueros.
Pero hanme dicho, que andan por la calle
picados más de dos de vuestro talle.

Mas sepan que a mujer tan amolada,
consumida, estrujada,
débil, magra, sutil, buida, ligera,
que ha menester, por no picar, contera,
cualquiera, que con fin malo la toque,
se condena a la plaga de San Roque.

Aun la sarna no os come con su gula,
y sola tenéis bula
para no sustentar alma viviente,
ni aun a vos, con ser toda un puro diente.
Y así, del acostarse en guijas duras,
dicen, vuestra alma tiene mataduras.

Hijos somos de Adán en este suelo,
la nada es nuestro abuelo;
y salístele vos tan parecida,
que apenas algo sois en esta vida.
Voz en güeco sois que llaman eco;
mas cosa de aire son la voz, y el güeco.

Bien, pues sin cuerpo casi, sois un alma,
vuestra alma anda en la palma;
pero los enemigos no sois della,
que el mundo es grande, y es la carne bella;
mas, si el argumentillo mal no entablo,
por espíritu sólo sois el diablo.

Hanme dicho también por cosa cierta,
que para vos no hay puerta,
ni postigo cerrado, ni ventana;
porque, como la luz de la mañana,
siendo de noche más vuestros indicios,
os entráis sin sentir por los resquicios.

Pero aunque, flaca mía, tan angosta
estéis, y tan langosta,
tan mondada, y enjuta, y tan delgada,
tan roída, exprimida, anonadada,
que estrechamente os he de amar confío,
siendo amor de raíz el amor mío.

Mas después de esta vida, y de tu guerra,
que fuereis a la tierra,
si algo queda de vos, ¿será tamaño
que no saque su vientre de mal año?

Pues ¿qué ha de hacer con huésped tan enjuto,
que le preparen tumba en un cañuto?

Un consejo os daré, de amor indicio,
que para el día del juicio
troquéis con otro muerto en las cavernas,
desde la paletilla hasta las piernas;
pues si devanadera os ven mondada,
no ha de haber condenada sin risada.

Pero aunque mofen los desnudos gonces,
os salvaréis entonces;
que no es posible, el premio se os impida,
siendo acá tan estrecha vuestra vida,
y que al justo os vendrá de bulto exenta,
camino angosto y apretada cuenta.

Verdadera canción, cortad la hebra,
que aquel refrán no os vale,
la verdad adelgaza, mas no quiebra:
pues hay otro refrán, y es más probado,
que todo quiebra por lo más delgado.